

CARTAS DE LA ABUELA 2006

EL ESCOBILLÓN Y LA ROSA

Cierto día acompañé a una amiga al supermercado. Ella buscaba flores. No cualquier flor ni cualquier cantidad. Quizás una o dos para testimoniar su cortesía a alguien que íbamos a saludar fugazmente pues estaba sólo de paso en nuestra ciudad.

Fuimos devorados por la inmensidad del local. Desde los niveles de estacionamiento, casi completos, hasta los pasillos en los que familias enteras, como en un ritual ordenado por un dios desde Arriba, llenaban carros con los más heterogéneos productos frenéticamente. Tenía que ser lo que campeaba en sus cerebros sometidos a la presión de marcas, spots publicitarios, discursos televisivos. Una fuerza externa anulaba al parecer sus voluntades y corrían exhaustos hasta repletar el carro y arribar jadeantes frente a las cajeras.

La libertad de la que el hombre se ufana, aquí no funciona. Se trueca por un montón de cosas sinónimo de Bienestar.

Mientras mi amiga buscaba su dichosa flor, que al fin no adquirió porque los arreglos florales no la convencieron ni por los precios ni por el tamaño ya que posiblemente, su obsequio iba a quedar tirado en el basurero del hotel al ir a tomar su avión la pasajera, yo me encanté con un escobillón rojo. ¡Era exactamente el que se requería en mi oficina para los papeles que se dispersaban por el piso. ¡Nuevecito, útil, desmontable, de vistoso colorido. Teníamos pala pero no escobillón y éste me llamaba desde su colgador.

Y así fue como salimos, nada poéticamente por cierto, con un escobillón en vez de flores.

Este pequeño suceso ha producido el contrapunto entre lo Util y lo Bello.

La belleza, la policromía, la fragancia, ¿No eran acaso sinónimos de lo fugaz, instantáneo y transitorio? Lo otro, rudo, tosco, perdurable, me recordará cada vez, la trémula rosa que no fue.

LUCIA LEZAETA 22/02/06.

PRESTAMO.

El teléfono vibró destempladamente, corrí creyendo que era alguna amiga..

-¿Con la señora Jacinta Alcázar?

-Si. ¿Qué se le ofrece?

Una voz fresca y juvenil se presentó.

-Soy Rebeca Gonzalez Parra señora Jacinta, la llamo para comunicarle que usted ha sido favorecida con un aumento considerable en su cupo de Préstamos en nuestra Caja de Compensación "Las Flores Lilas".

-¡Señorita Gonzalez! Yo no he estado solicitando ningún préstamo...-

-¡No importa señora Jacinta! El dinero nunca está demás ¿Verdad? Usted podrá viajar, ir al teatro, al ballet, comer afuera, invitar amigas...

-¡Ay no! Usted no tiene idea cómo sufro de los huesos. Artritis, artrosis, espondilosis, osteoporosis...Casi no camino...

-¡Por supuesto, si son cosas normales! Los años a veces complican las cosas. Le estoy ofreciendo la solución. Usted requiere medicinas, tratamiento, baños termales con urgencia. Señora Jacinta, es este el momento preciso para tomar el millón que le ofrecemos.

-Mire señorita. Tuve necesidad de dinero para comprar puertas nuevas y sólidas para mi casa por temor a los asaltantes. Pedí un préstamo a su Caja de Compensación. Hace dos años que estoy pagando y aún no termino.

-¡Facilísimo! Ningún problema. Le descontamos el saldo que adeuda en este nuevo préstamo y, (aquí su voz se hizo confidencial) aún puedo intervenir considerando que usted es cliente confiable, para que le aumenten a un millón y medio el nuevo beneficio.

-¡Señorita Rebeca! (aquí me alteré), mi pensión de Profesora jubilada es de ciento cincuenta mil al mes, ¿Cree usted que me va a agradecer verla cada vez disminuída por un crédito que tendré que seguir pagando hasta que muera?.

-¡Pero no se ponga trágica querida señora! ¡Piénselo bien y se acordará de mí!

-¡Si, me acordaré!-Dije colgando con fuerza el auricular.

LUCÍA LEZAETA.

LEONORCITA

La mujer hurgaba afanosamente con un palo en el contenedor de la basura. El ruido hizo que me asomara a la reja.

¡Si es la Leonorcita! exclamé al reconocer su pequeña y tosca figura que avanzó triunfante hasta mí, empujando una destartalada carretilla con sus hallazgos.

-¡Buenos días!-Me saludó alegremente.

-Pero Leonorcita... Mire como se ha dejado ¡Toda sucia y enterrada! -La recriminé.

-¡Si no importa señora! Estoy acostumbrada. En la casa me sacudo y me cambio pilchas.

-Es que así no luce nada de bien- Insistí.

-A nadie le importa. Uno ya no tiene pretensiones ni siquiera de parecer mujer

Es una persona más y vieja por añadidura.-Explicó resignada.

¿Cómo así?-Interrogué interesada por esta novedosa interpretación.

-Si pues.Mire usted patroncita. Aunque pobres, cumplimos los mismos papeles.Formamos familia. Marido, hijos, hermanos, sobrinos, salidos todos de la misma camada y que andan por el mundo de cualquier manera. Nada importa si son hombres o mujeres.Son sólo personas y cuando dejan definitivamente de servir para algo, entonces ya ni siquiera son personas.Sólo un mueble viejo y destartalado arrumbado por ahí.

-¡Pero, usted no es vieja!
-De edad tal vez no. De trabajo, agotamiento, enfermedades y dolores del cuerpo y del alma que pueden apalearse fuerte y, entonces, suman más años que el calendario. ¡De eso se envejece! ¡Adios patrona!
Y se alejó con su carro lleno de cartones dedicándome una desdentada sonrisa en la primavera mañana.

LUCIA LEZAETA..

EL ÚLTIMO TREN.

Anoche creí escuchar un lejano sonido familiar. Después me percaté que no era lo que había creído

¡Imposible volver a escucharlo!

Si era el tren que entretuvo tantos años de mi infancia...

Calculábamos la hora por la pasada de cada tren. La línea férrea quedaba a una cuadra de mi casa y si, durante el día, por otros ruidos y menesteres no le prestábamos atención, en la noche adquiría una importancia extraordinaria.

Pasaba el último tren desde Valparaíso hasta La Calera al filo de las once. Generalmente se atrasaba esperando a otro convoy antes de cruzar el túnel de San Pedro que tenía una vía.

Arrebujada en mi cama en pleno invierno, yo me imaginaba al pobre maquinista bostezando anheloso por llegar a su casa. Los pasajeros también cansados y soñolientos. Nadie los esperaba en el andén. Sumergiéndose en la oscuridad de las mal alumbradas calles. Algunos deberían caminar quince o veinte cuadras hasta su hogar. Con hambre y frío cruzaban la ciudad, estudiantes nocturnos, oficinistas, empleados del comercio. Nuevamente deberían levantarse al alba para tomar el tren Arratia a las siete de la mañana...

En nocturnas horas era un tacto en las tinieblas.

Era la muerte de ese día y, como tal, algo había de funerario, lúgubre en el pitazo final. Esos trenes eran de fierro (nada había plástico en aquella edad), y chirriaban, se quejaban. Jemían. Eran monstruos dolientes. Ingresaban al mundo ciego y oscuro erosionando la tranquilidad de Quillota.

Había olvidado el aplastante peso de ese mundo. Pero ahora lo he recordado.

Ahora que en vez del pitazo final, escucho muy lejanamente, la sirena de un barco que parte hacia el mundo ancho y lejano que jamás conoceré.

LUCIA LEZAETA.

